

tras que basta muchas veces un príncipe débil ó vicioso para cambiar la suerte de los imperios y precipitarlos desde el apogeo de la gloria y del poder en la confusión, la anarquía y la ruina, eso sí que no es natural, eso sí que está en desacuerdo con la historia de las cosas humanas; y la sana filosofía, no hallando la razón de ello sobre la tierra, no titubea en buscarla más alto, en los consejos adorables de la sabiduría divina.

La Iglesia triunfó, pues, del odio y de la persecución de los que rodearon su cuna en la Judéa; triunfó de la persecución del paganismo, de la persecución casi continua de la herejía, de la persecución de los cismas, de la persecución de los escándalos. Pero no es eso bastante: le estaba reservado cansar los esfuerzos de todos los enemigos posibles; porque era preciso que de ella y solo de ella pudiera decirse: Contra todo tuvo que combatir y todo lo venció.

Hay sobre la tierra dos palancas poderosas para trastornar y destruir: la una que obra sobre el amor propio tan susceptible y tan sensible á la herida más ligera: la otra sobre la inteligencia tan orgullosa de sí misma, tan propensa á rechazar lo que sobrepaja al alcance de su vista, tan celosa de sus adquisiciones y de sus nuevas conquistas en el dominio de los conocimientos humanos. Y cuando esas dos palancas, cuando el ridículo y el raciocinio están en manos de todo cuanto hay de más elevado en talento y saber, y se emplean contra lo que lastima y contraria todas las pasiones, entonces bien puede decirse que nada hay sobre la tierra comparable á esas dos armas. Pues bien, la Iglesia católica ha tenido que sufrir y ha sufrido con feliz éxito, con gloria, esa prueba la más formidable que pueda concebirse.

El siglo último fué como una especie de cita universal dada por el génio del error á todo cuanto podía haber de más elevado en las bellas artes y en las ciencias, de más capaz en lo humano para minar y derribar la obra de Jesu-

cristo. Vióse surgir entonces, especialmente en Francia, todo un ejército de poetas, de prosistas, de metafísicos, de geómetras, de naturalistas, de arqueólogos, de filósofos, en fin, que traducían cada cual en su lengua las blasfemias del infierno, y repetían en ecos ruidosos y prolongados los acentos sofocados de *las profundidades del abismo* (1). Páginas escritas con deslumbrador ingenio, seductoras por sus sofismas y elocuencia, volúmenes atestados de todo el aparato de una erudición profunda inundaron la Europa. Nada se perdonó: escribióse contra los dogmas en general y contra cada dogma en particular, que fué sometido al análisis devorador de una razón ébria de orgullo y de odio: escribióse contra la moral, contra el culto, contra el sacerdocio, al que se arrastró por el cieno, contra los abusos que los hombres habían podido hacer de la religión católica para satisfacer sus pasiones, y con una impudente injusticia se echó sobre esta la responsabilidad de los crímenes cometidos á pesar de sus máximas y contra sus prohibiciones espresas. Escribióse contra sus libros sagrados y para atacarlos se interrogó á la India y al Egipto, á la Asiria y á la China; se examinaron hasta las entrañas de la tierra: hacinóse testimonio sobre testimonio, y los sábios de la época publicaron que la ciencia desmentía formalmente á la Escritura. La burla, el sarcasmo, la tergiversación, la mentira, la calumnia más insolente vinieron en su ayuda: un hombre eminentemente sagaz para el mal, admirablemente organizado para odiar, ridiculizar é insultar, se encargó de dirigir esa parte del ataque contra la Iglesia. Triunfó, no á medida de su deseo, apasionado como estaba hasta el delirio contra la verdad (2), pero más

(1) *Apocalipsis*, IX, 1.

(2) Se ha querido decir que esta frase de Voltaire, esta frase impía, criminal, abominable: *Ecrasez l'infame* (destruid al infame ó á la infame), la dijo hablando, no de la religión católica sino del fanatismo. Pero hablaba acaso del fanatismo ó de la religión cuando en una de sus cartas, del 23 de junio de 1760, decía: «Quisiera que destruyeseis á la infame. Ese es el pun-

de lo que podían creer todas las provisiones humanas. La incredulidad se erigió en principio, se hizo de moda, eran cosas incompatibles ser hombre de talento, hombre de buen tono y católico: y entre nosotros los franceses especialmente, cuando ese extraño tirano que acabo de nombrar se mezcla en una cosa, sabido es hasta donde van la infatuación y el capricho: así es que era preciso ocultarse para adorar á Jesucristo ¿qué digo? casi hasta para creer en Dios. Y á fin de que nada faltara á esta última prueba de la Iglesia católica, á fin de que se renováran en ella todas las demás, muy luego se unió á esa guerra violenta, encarnizada, del ridículo, del raciocinio, de la ciencia, la guerra de la proscripción, del destierro, de los calabozos, de la devastación, del cuchillo, del cisma y de los escándalos. Lo que había principiado por el ceno de la Regencia, lo que había continuado y crecido prodigiosamente por todos los recursos del talento y hasta del génio, por los semi-descubrimientos de la ciencia, por los vicios y la impiedad de los grandes sobrado poderosos siempre en este punto sobre la muchedumbre, concluyó por grandes defecciones, por ilustres apostasías, por el mazo brutal del vandalismo y por el hacha sangrienta del verdugo. En ese horrible hacinamiento de ruinas morales, políticas, sociales, religiosas; en ese inmenso cementerio en que todo lo que humanamente podía proteger al catolicismo había hallado su tumba, la Iglesia á quien llamaban vetusta, anticuada, decrepita, debía naturalmente hallar la suya..... Y sin embargo se vió entonces que su sangre no había envejecido, y que todavía corría por sus venas bajo el hierro de la persecución, llena de vigor como la sangre cristiana de los primeros siglos. Y cuando á los ministros oficiales de la muerte se les cayeron los brazos de cansancio, cuando pasó el torrente devastador, cuando por una parte un general cismático cumplió la misión providencial de venir al to principal: es preciso reducirla al estado en que ella está en Inglaterra. »

frente de los hijos del Norte á hacer posible y proteger la elección católica del sucesor de Pio VI, cuya noble y valerosa ancianidad había consumido una prisión francesa; y por otra el génio ambicioso de un soldado francés que se sentía con fuerzas de gigante en la cabeza, el corazón y el brazo, dijo con su acento de amo á la impiedad: *Calla y ocúltate*; á las puertas de nuestros templos: *¡abrios!* al sacrificio y á la oración: *voces expiadoras de la tierra*, *¡subid libremente al cielo!* se vió á la Iglesia levantar su cabeza radiante sin herida ni cicatriz alguna. Nada pudo cercenarse ni en su doctrina, ni en su culto, ni en sus libros sagrados, ni en sus creencias, ni en su constitución. Todo respiró, en fin, bajo la dulce influencia de su acción consoladora y reparadora; y muy luego sentada como reina sobre las cenizas olvidadas de sus enemigos de todo un siglo, pudo esperar en parte á que la ciencia humana se volviese hácia ella y á que Dios hiciese tributar justicia á su palabra.

Dios no le ha faltado. Escritores elocuentes han puesto en evidencia las magestuosas bellezas de la religión y convencido de inepticia ó de mala fé á sus detractores apasionados que habían engañado al otro siglo. Otros han arrancado la máscara de una falsa erudición á esos pretendidos sabios que habían tomado las hipótesis por hechos completamente establecidos, publicando con el mayor aplomo las consecuencias presuntuosas de una ciencia mal estudiada; y por una circunstancia providencial, los descubrimientos modernos que han venido á defender sucesivamente todos los puntos combatidos de nuestros libros sagrados, son debidos á hombres que no trabajaban con ese objeto: mas todavía, pues una parte de ellos se debe á hombres formalmente hostiles al cristianismo. De este modo ha obligado Dios á los labios que se abrían para blasfemar y maldecir, á bendecir y á tributar homenaje, y ese hacinamiento de dificultades amontonadas contra nuestra fé no ha servido mas que para realzar el esplendor de la verdad,

hasta el punto de que aun hablando de filosofía humana se pueda asentar hoy como principio, en virtud de los datos analógicos, que todo progreso de la ciencia que no aparezca de acuerdo con la religión revelada, es fruto de observaciones incompletas ó de deducciones mal sacadas, y hasta que la ciencia incurra en error siempre que no se halle de acuerdo con la Biblia (1).

Muy consolador es en verdad para nosotros que nuestra religión pueda desafiar así impunemente la luz de la discusión mas severa, y que no solo no tenga nada que perder con ella, sino que por el contrario se eleve por ese medio á la altura de un glorioso triunfo sobre sus enemigos mas temibles. ¿Qué cosa hay mas admirable, mas humanamente inesplicable, dado que no sea divina, que el que pueda desafiar el catolicismo el exámen menos benévolo en los mil puntos de contacto que tienen sus libros sagrados y sus dogmas con la cronología, la sucesión de los monarcas mas antiguos, los hábitos, las costumbres y el lenguaje de las diferentes naciones, las grandes tradiciones religiosas de los pueblos mas antiguos, el origen y la dispersión de la raza humana, y los progresos maravillosos de las ciencias en los tiempos modernos? ¿Por qué milagro tanto número de autores diferentes como han trabajado en la redacción de los diversos libros de la Escritura, desde el Pentateuco hasta el Apocalipsis han logrado preservarse de decir cosa alguna que haya podido ser desmentida nunca por los hombres mas hábiles y hostiles ni por los descubrimientos mas imprevistos? ¿Quién no se ha de asombrar al ver que esa misma religión ha ganado tanto como se le pretendía quitar y que las objeciones mas fuertes en apariencia han acabado por convertirse en pruebas?..... Y no podía ser de otro modo; no solo era preciso que la obra del Altísimo pudiera despreciar todos los ataques del hombre y que todos los es-

(1) Véase los *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión*, por N. Wiseman, tom. II, discurso último; y la *Cosmogonía de Moisés*, por M. Marcel de Sevres, 2.ª edición.

fuerzos humanos vinieran á espirar ante ella impotentes, como las olas del mar embravecido á los pies de la roca inmóvil que blanquean inútilmente con su espuma, sino que así como el sol, despues de una hora de tempestad que amontona delante de su fulgor densas nubes, reaparece mas brillante que nunca, así tambien la verdad del catolicismo, sol radiante de las inteligencias, esparciese una luz mas viva despues de los vapores momentáneos que la falsa ciencia humana habia acumulado fastuosa y trabajosamente en torno suyo.

Así es que la Iglesia católica, que ha visto venir á estrellarse contra ella los esfuerzos continuos de toda especie de enemigos en el espacio de diez y ocho siglos, coronada con tantos laureles gloriosos puede presentarse con santa altivez á la generación presente y á las generaciones futuras; y *levantando al cielo su brazo poderoso*, ese brazo al que ha sido dado mandar á todas las tempestades, puede exclamar: *«Mi vida es inmortal»* (1). Mirad: lo pasado es mio, un pasado de diez y ocho siglos de combates incesantes y de incesantes triunfos, y ese pasado responde de mi porvenir. He gastado á la sinagoga con sus magistrados y su sacerdocio y á todos sus celosos servidores; he gastado á los reyes y á los emperadores con sus fieras, sus verdugos, sus hogueras y su cuchilla; he hecho gastarse el odio, el desprecio, el encarnizamiento, el ascendiente de los filósofos del paganismo; he hecho gastarse la heregía bajo todas sus formas protegida con todos los recursos humanos; he hecho gastarse los escándalos mas ruidosos é imponentes, los racionios de la filosofía moderna, los ataques de la ciencia en sus numerosas ramificaciones, en sus descubrimientos que á primera vista parecían concluyentes, el ridículo y el sarcasmo con su sal mas corrosiva, sus picaduras mas agudas, sus dardos mas penetrantes y mas hábilmente emponzoñados; he gastado la auto-

(1) *Levabo ad cælum manum meam et dicam: Vivo ego in æternum*, (Deuteron., XXX, 40).

ridad inmensa de los grandes disolutos, impíos y mofadores sobre un pueblo impresionable hasta el esceso.. ¿Donde están hoy (1) mis innumerables enemigos, mis enemigos de todos los siglos?..... Ellos no han cesado de asestarme golpes que creían mortales, ellos se gloriaban ya de su victoria; hombres de algunos días, ellos han pasado y yo vivo porque los siglos son míos. ¿Qué han de hacer en lo sucesivo contra mí, que no hayan hecho ya, é inútilmente? ¿Qué han de decir, qué han de escribir que no se haya dicho y escrito sin otro resultado que el de depurar y acrecentar mi gloria y ensanchar la aureola de luz que acompaña á mis títulos?..... Venid, pues, á mi todos los que estais fatigados (2) consumiendo vuestros esfuerzos en busca de la verdad religiosa: venid á descansar á la sombra de mi centro tutelar y consolador; venid, espíritus enfermos, os consolaré de vuestras angustias (3); yo fijaré las oscilaciones dolorosas de vuestra inteligencia tan penosamente agitada por la duda; aceptad el yugo de mi autoridad divina y hallareis la paz de vuestras almas (4).»

(1) *Dixi: Ubinam sunt?* (Deuteron., XXX, 26).

(2) San Mateo, XI, 28.

(3) San Mateo, XI, 28.

(4) San Mateo, XI, 29. «El catolicismo, dice M. Guizot, se adapta maravillosamente á la disposición de los ánimos cansados y disgustados de la duda. Erige la autoridad en principio y la pone en práctica con una gran firmeza y una rara inteligencia de la naturaleza humana. Es la escuela mas santa de respeto que ha visto jamás el mundo. Sobresale en dar reposo á las almas inspirándoles un sentimiento profundo de seguridad y ofreciéndoles una luz que nunca vacila.» (*Fragmentos impresos en la Revista francesa*, julio de 1838, con este título: *Del catolicismo, del protestantismo y de la filosofía*).

Véanse en los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, por Augusto Nicolas, tom. IV, cap. VIII, dos artículos muy notables sobre la perpetuidad de la Iglesia; el uno de M. Eugenio Robin, publicista afamado, y el otro de M. Macauley, protestante, hombre de estado y publicista de los mas distinguidos de Inglaterra.

CAPITULO XIV.

CONCLUSION.

Al término ya de nuestras investigaciones sobre la verdad religiosa, recorramos la cadena de los diferentes hechos en que descansa, y partiendo de la Iglesia católica, de ese grande hecho vivo que está en todas partes, que en todas da el testimonio mas auténtico é irrecusable de la verdad traída del cielo por Jesucristo, notemos la relacion íntima, indisoluble de todas las pruebas que hemos supuesto y vienen á terminar en ese mismo hecho. Como se ha visto ya, la Iglesia, por sí misma, por los caracteres naturales y culminantes que la distinguen, admira, embarga, subyuga el ánimo de todo el que la compara con todas las obras humanas conocidas: ella se sobrepone á él lógicamente con la autoridad mayor, mas augusta y mas racional que puede haber en el mundo. Esa autoridad que pone coto á todas las dudas, viva siempre, siempre combatida y siempre triunfante, se enlaza por su existencia no interrumpida al testimonio sobrehumano de la sangre de los mártires: ese testimonio se enlaza á los hechos divinos que han servido para el establecimiento del cristianismo; esos hechos divinos á la necesidad lógica de la intervencion divina que se deduce del hecho solo de ese establecimiento; la necesidad lógica de esa intervencion divina á las